El único admirador confeso de Victoriano Huerta que he conocido —"se presentó en la Cámara de Diputados y les leyó la cartilla", decía—, me dijo, cuando yo era niño:

—El soldado mexicano es el mejor del mundo: puede caminar sin comer ocho días. El gringo es el peor soldado: necesita tomar helados. Cuando el soldado mexicano está bien comido, marcha como ningún otro. En tiempos de don Porfirio hubo un concurso de marchar en no sé qué parte de Europa: todos los ejércitos del mundo concursaron. ¿Quién ganó? Los mexicanos. Sí, señor. La Escuela Militar de Aspirantes.

Probablemente a esta pericia en el marchar se debe la afición que durante muchos años tuvo mi familia a ver desfiles. En tiempos de Porfirio Díaz, hacían el viaje desde Guanajuato para venir a pasar las fiestas patrias en México. No se sabe que hayan ido a palacio. Se alojaban en el hotel Iturbide y veían el desfile asomados en el balcón de un cuarto lleno de sándwiches y de jarras de agua de limón.

Las versiones de este espectáculo son contradictorias. Una tía mía afirma:

—Era precioso. Los cadetes, elegantísimos. También desfilaba el capitán Ávalos, que era de la Guardia Presidencial.

Según mi madre, en cambio:

—Nos gustaba mucho, pero era horrible. Todos los rurales iban borrachos. Unos se caían del caballo y los demás los pisoteaban. Lo peor es que duraba horas y horas. Nos íbamos a comer con toda calma y cuando regresábamos todavía estaban pasando rurales.

Yo heredé la afición. En mi niñez, no me hubiera perdido el desfile por nada del mundo. Lo veía desde la calle, en la Reforma. El desfile era la impuntualidad misma. Si los periódicos decían que iba a empezar a las once, comenzaba al cuarto para la una, cuando ya el público, asoleado, había agotado la jícama rebanada y los pepinos. Al cuarto o quinto rumor de "¡Allí vienen! ¡Allí vienen!", se oía toser a las motocicletas, la gente estiraba el pescuezo y pasaban primero los mordelones abriendo el paso, después una escolta de a caballo, y luego, de pie en un coche con la capota abierta y los cristales levantados, nada menos que Lázaro Cárdenas, agradeciendo los aplausos, que casi nadie le tributaba. De que casi nadie le aplaudía estoy seguro. Cuando me dicen que era popularísimo, contesto que probablemente, pero no entre los que veían el desfile en la Reforma.

Después venía otra escolta y había otra pausa. La gente se impacientaba. Entonces, se oían las bandas de guerra, que andaban llegando al Ángel. Por fin pasaba, en un caballo muy brioso, el jefe de la columna... "La Columna estará comandada este año, por el General de División Diplomado del Estado Mayor, etc. (aquí entraba un nombre como Rodomiro Pérez Godínez)..." decían los periódicos del día 14.

Así terminaban los preámbulos y empezaba el desfile, que siempre era igual.

Pasaba una banderola que decía "Batallón de Transmisiones" y detrás, un camión en el que unos soldados iban soltando palomas mensajeras que sacaban de jaulas. En otro camión, dos soldados le daban vuelta a los manubrios de un dínamo, y otro telegrafiaba. ¿A dónde iban las palomas y qué llevaban escrito en las patas? No se sabe. ¿Qué mensaje transmitía el que telegrafiaba? Probablemente: "Llegamos a Balderas con bien. Saludos".

Arrastrados por unas camionetas *pick-up*, pasaban los cuatro cañones "de tiro rápido", que mandó comprar Obregón para sofocar la revolución delahuertista, y poco después, las seis tanquetas que mandó comprar Cárdenas para sofocar la revolución cedillista; a lomo de mula, pasaban solemnemente las ametralladoras Hotchkiss que mandó comprar Porfirio Díaz para lo que se pudiera ofrecer y arrastrados por troncos de seis mulas los cañones de .75 milímetros con cierre Saint-Chamond-Mondragón.

Una cosa interesante era tratar de descubrir entre aquella multitud uniforme, gente conocida: en la banda de guerra del 6º batallón iban mis instructores de tambor y corneta, casi irreconocibles debajo del casco y metidos en el uniforme de paño, que los hacía sudar copiosamente. El tambor era fácil de distinguir porque era el más alto, pero el corneta no tenía más distintivo que una enfermedad de la piel que estaba tumbándole las narices. A la cabeza de la sección de ametralladoras del 8º batallón iba mi primo Lalo, que nunca tomó en serio el desfile. Cuando empezaban a salir los charros y las chinas poblanas, me iba a mi casa.

Acapulco

—En esta bahía caben ancladas todas las flotas del mundo —decía mi tía Lola Cumming.

Aquellas flotas nunca anclaron en la bahía de Acapulco, ni anclarán, porque a las que se refería mi tía ya no existen. Esta frase la dijo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Los acapulqueños estaban muy orgullosos del tamaño de la bahía, que era lo único que tenían. Había tres "grandes" hoteles; el muelle era de palo y tenía agujeros, por donde echaba uno el anzuelo y pescaba jureles; para llegar a Puerto Marqués había que tomar lancha y para ir a Pie de la Cuesta era necesario recorrer una carretera de un solo carril, acomodándose en un rincón cada vez que venía un coche en sentido contrario. El pueblo era pequeño y estaba bajo el amparo del Fuerte de San Diego, que era el edificio más prominente. Los aviones aterrizaban cerca de la playa de Hornos y la civilización terminaba en los *bungalows* del hotel Anáhuac —antes, Hornos, después, Papagayo. Hoy, nada.

Ya había turistas en aquella época. No muchos, pero de vez en cuando llegaban familias cargando toallas y con ganas de comer pescado fresco. Se hospedaban en un hotel, iban por la mañana a Caleta, por la tarde a Hornos y en la noche a la Quebrada, en donde